

Adolfo Sánchez Vázquez: Exilio sin fin

Raquel Serur

Filósofo y poeta, combatiente de la Guerra Civil española, exiliado y mexicano, autor de libros fundamentales como La filosofía de la praxis, Estética y marxismo, Introducción a la estética, entre otros, Adolfo Sánchez Vázquez es una figura de culto en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Raquel Serur se aproxima a las reflexiones sobre literatura del gran maestro español recogidas en el volumen Incursiones literarias.

Para Enrique, para Jorge, para Nieves.

Comienzo con una cita:

Seis años después de muerto el dictador, en agosto de 1981, ya profesor no numerario de la Universitat Autònoma de Barcelona, pude conocer personalmente a Sánchez Vázquez en mi primer viaje a México. Nos citamos en la cafetería de la librería Gandhi del Distrito Federal y recuerdo perfectamente la impresión agridulce que ese encuentro personal me produjo: por una parte, la alegría de haber conocido —o mejor, re-conocido— la calidad intelectual y humana de un exiliado republicano que era un dirigente comunista y un símbolo de dignidad ética; pero, por otra, la tristeza de que, por exiliado, ese encuentro me había permitido aumentar mi colección particular de maestros perdidos... “Maestro” sólo puede ser el intelectual que posee una enorme autoridad moral que, en el caso de Sánchez Vázquez, procede de la ejemplar dignidad de su trayectoria personal.¹

Lo que provoca tristeza en Manuel Aznar Soler y le da un tinte agridulce a su encuentro es para nosotros, en la UNAM, y en especial en la Facultad de Filosofía y

Letras, motivo de satisfacción y alegría. Nuestra facultad hubiera sido muy otra, en muchos sentidos, sin la presencia del doctor Adolfo Sánchez Vázquez. Su ejemplo ha sido para mí —como para muchos de sus estudiantes de entonces y profesores ahora— fundamental a lo largo de mi vida profesional. Como decía hace nueve años en esta misma aula magna a propósito de mis primeros veinticinco años de docencia en esta Facultad, en un discurso donde reconocía a tres maestros que fueron definitivos, cada uno a su manera, en mi formación personal y profesional:

Sánchez Vázquez... le dio voz y sistema a una inquietud, a un desasosiego, que me persigue desde pequeña, y que proviene del saberse un ser privilegiado en un mundo donde reina la injusticia, donde el conflicto entre las clases asfixia al verbo aunque mantenga viva la esperanza.

Sánchez Vázquez, en momentos de flaqueza, siempre ha sido el ejemplo vivo de la fortaleza a perseguir para “mantener viva la esperanza”. Por lo mismo, es para mí un honor participar en la presentación de su libro *Incursiones literarias*. Y sí, compañero Aznar Soler, entiendo su pesar de que el maestro Sánchez Vázquez no ejerciera el magisterio en su tierra. Así como me ape-

¹ Estudio introductorio en Adolfo Sánchez Vázquez, *Incursiones literarias*, UNAM, México, 2009, p. 46.

nan también los jóvenes que tampoco han tenido el privilegio de escuchar su cátedra ahora ya legendaria en nuestra Facultad. Estoy segura, sin embargo, de que sus libros siguen siendo frecuentados a diario, sobre todo por los estudiantes más inquietos intelectual y políticamente hablando.

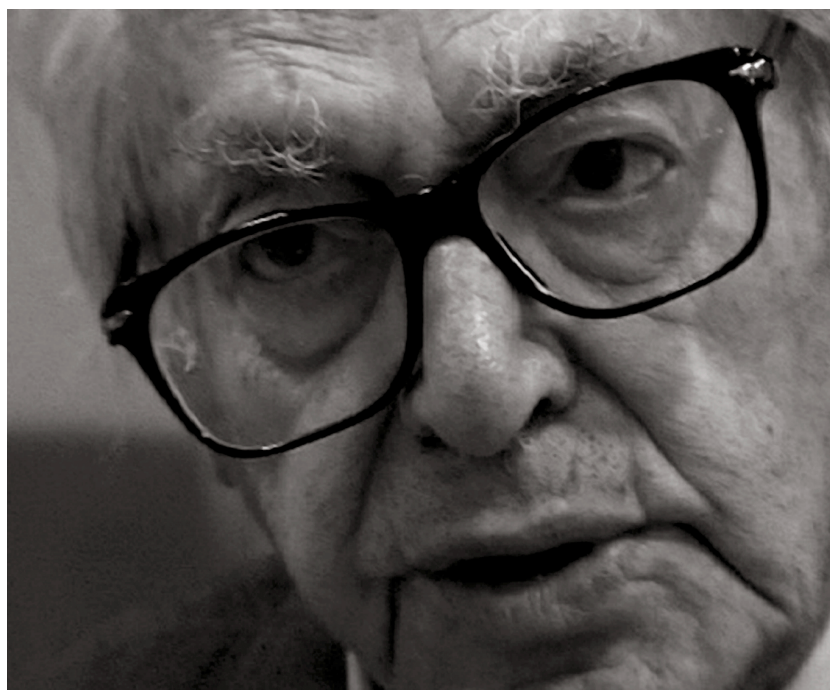
Estoy cierta de que si pudiéramos definir al doctor Sánchez Vázquez con tres palabras éstas serían: radicalidad, lucidez y fidelidad. Fidelidad a la causa de la República española, una fidelidad que lo llevó al exilio; radicalidad ideológica y política y lucidez en su acercamiento intelectual a los temas que trata, ya sea él un tratado filosófico o teórico o un ensayo literario. El libro que presentamos es un libro muy atesorable porque podemos hacer un recorrido por el Sánchez Vázquez que incursiona en el ensayo literario (una labor marginal dentro del corpus de su quehacer intelectual, pero central para comprender ciertos aspectos de su personalidad que sólo se alcanzan a vislumbrar en la cátedra y en el resto de su obra).

Es interesante este libro porque los textos reunidos en él, desde el primer artículo publicado en 1940 hasta los últimos escritos, y publicados algunos en los años noventa son la expresión de un ojo crítico que se mantiene fiel a sí mismo. Es el del ex combatiente de la Guerra Civil española que fue expulsado de su tierra por los fascistas, pero que en ningún momento dudó de que su causa era una causa justa y de que la esperanza es indispensable para mantener la utopía.

Con esta mirada propia, específicamente sanchezvazquiana —de luchador marxista convencido—, el autor indaga e inquiere en la obra de escritores que le importan y con quienes no necesariamente tiene una afinidad ideológica; autores con quienes está dispuesto a entablar un diálogo respetuoso, como se percibe en el estudio pausado, puntilloso y lúcido de sus obras. Sánchez Vázquez se ocupa de temas y autores muy variados, que van de una sor Juana o un Octavio Paz a un Gógol o a un Kafka. Cada uno de los ensayos que dedica a un determinado autor es interesante y sugerente por sí mismo.

Imposible hablar aquí de todos y cada uno de ellos. Voy, por ello, a centrar mi intervención en dos ensayos en los que se transparenta un diálogo especialmente cercano por parte de nuestro autor. Estos escritores que me interesan y con quienes dialoga Sánchez Vázquez son escritores que han centrado su pasión en las dos Españas: la España posible y la España secuestrada por las fuerzas más retrógradas de la burguesía y de la oligarquía imperantes en la península en distintos periodos de su historia y sobre todo en la época de la dictadura de Francisco Franco.

De este corte es el ensayo inteligente y sumamente aleccionador sobre Unamuno, Ganivet y Machado, por ejemplo, que dicho sea de paso, en su primera versión fue



Adolfo Sánchez Vázquez

una serie de tres conferencias dictadas para los memorables cursos de invierno del 59 en nuestra Facultad.

El aspecto de estos autores que le interesa a Sánchez Vázquez es el del escritor o pensador que se pregunta por aquello que más le importa, por su tierra, por España.

La primera parte de este ensayo la dedica a Unamuno. En éste y en otros ensayos, se aproxima Sánchez Vázquez al autor de *En torno al casticismo* (1895) con un absoluto respeto por su pluma; se acerca con un profundo conocimiento de la obra para admirar lo que de admirable tiene y para desmarcarse de aquello con lo que no comulga. En una redacción que logra despertar la curiosidad del lector, Sánchez Vázquez recorre el pensamiento unamuniano y puntualiza sus dudas y contradicciones.

En definitiva, nos muestra un Unamuno que, como el personaje de su novela *San Manuel Bueno, mártir*, se entrega a su pueblo y, no sin contradicciones internas, trata de reflexionar sobre la dualidad “tradición-progreso” (p. 67), sobre “la esencia inmutable de lo español” (p. 69), sobre la relación “España-Hispanoamérica” (p. 81), sobre el “falso dilema: mundo burgués-mundo medieval” (p. 76) y sobre el quijotismo español como algo inherente a lo humano (p. 73).

Sánchez Vázquez nos lleva de la mano por todos estos dilemas que apasionaron a Unamuno y que de ninguna manera son letra muerta. Por el contrario, nos muestran a un Unamuno que duda, que ensaya y “hiera” y toma incluso un camino contrario. Un ejemplo de esto es algo en lo que no reparan las historias de la literatura: su etapa marxista. En ella, el filósofo y novelista español considera al socialismo como la vía para evadir la crisis por la que atraviesa el mundo burgués europeo. Asimismo, no omite Sánchez Vázquez la crí-

tica que posteriormente hace Unamuno al marxismo porque para él “éste se le ofrece como solución aquí, en la tierra, pero, ¿y después? Sólo la religión, piensa Unamuno, puede cubrir ese campo de esperanza en el que el socialismo se inhibe” (p. 79).

En este tema Sánchez Vázquez marca sus distancias sobre la necesidad de trascender que tiene Unamuno y, a un tiempo, caracteriza el espíritu religioso unamuniano de esta manera:

Para él, la religión no es una cosa aparte que llega al hombre de afuera, sino una vida íntima del espíritu que se difunde en las actividades todas de éste, animándolas; algo hondamente personal que informa nuestras acciones todas, un modo de sentir, pensar y obrar, más que un complejo de ideas y de prácticas definidas e impuestas por una autoridad externa (p. 80).

Por lo mismo, sugiere Sánchez Vázquez, Unamuno “ante el dilema mundo burgués —en crisis—, racionalista, frío, calculador, desendiosado y deshumanizado, por un lado, y mundo medieval, cristiano —totalmente idealizado por la nostalgia—, por otro, Unamuno se queda con este último” (p. 77).

El pensamiento pendular de Unamuno oscila entre un primer momento, en el que cree que la solución para España está en Europa, y un segundo momento radicalmente opuesto en donde Europa:

Es el progreso, es la vida moderna, el desarrollo de la ciencia y la técnica, el racionalismo, la libertad, la tolerancia, pero es también la civilización mecánica que devora a los hombres, que ahoga la espiritualidad y sepulta los más nobles valores (...) como la esencia hispánica es para Unamuno no ya la esencia de lo español, sino de la humanidad misma, el problema de España rebasa sus propios límites y se torna así un problema europeo. No es España, entonces, la que reclama cura. Revirtiendo la fórmula salvadora, puede decirse ahora que “Europa es el problema y España la solución”. (...) la solución de Unamuno consiste en que Europa se repliegue hacia lo que él llama el ideal hispánico: la sustitución, con ello, de la razón por la fe, de la contemplación de la vida por la preocupación por la muerte, el goce de este mundo terreno por el ascetismo, la cordura humana por la locura divina, etcétera (pp. 71-73).

En suma, concluye Sánchez Vázquez:

Unamuno quiere que reine la fe en lo imposible, el desprecio a la razón, la negación del mundo moderno burgués.

Esta cruzada para quijotizar a España responde —según Unamuno— al fondo más radical de lo español y, en definitiva, de lo humano eterno. Por eso, lo quijotesco, lo español y lo humano tienen la misma raíz (p. 75).

Este recorrido que hace Sánchez Vázquez por el pensamiento unamuniano, no sólo es interesante para situar a esta figura polémica en su tiempo sino que, más de un siglo después, nos resulta claro hacia dónde se dirigió el conflicto que planteaba Unamuno y cómo se resolvió primero generando la República gracias a la voluntad popular y, pocos años después, volviendo a esa concepción de lo tradicionalista que detestaba Unamuno y a cuyos seguidores calificaba de “desenterradores de osamentas”. Esos “desenterradores de osamentas” que en la España de estos días persiguen al juez Baltasar Garzón.

Por otra parte, pensando unamunianamente nuestra realidad mexicana actual vemos con claridad que la americanización de México sólo ha traído consigo la violencia extrema y ninguno de los beneficios deseables del mundo moderno desarrollado. Por lo mismo nos preguntamos si en verdad algo que parece absurdo, la mexicanización de Estados Unidos, no sería la respuesta que podría vincular la América anglosajona con la América hispana para así lograr la unificación definitiva de nuestro continente. Pero éste es otro asunto derivado del quijotismo unamuniano.

Con la misma mirada pausada y atenta procede Sánchez Vázquez a examinar la obra de Ganivet, quien a temprana edad corta su vida al arrojarle al río Duina. “Tengo para mí” —comenta Sánchez Vázquez— “que fue España la que acabó con su vida” (p. 85) y continúa diciendo: “La España que Ganivet tenía ante sus ojos y que lo llevó a la muerte era esa misma ‘España zaragatera y triste’ de que habla Machado y cuyo rostro querían cambiar los hombres del 98 desde su solitario mirador de intelectuales desesperados y desconfiados” (p. 85).

Por falta de espacio no nos detendremos a comentar las últimas dos secciones del ensayo y, más bien, sugerimos una atenta lectura del acercamiento a Ganivet y al excelso poeta Machado, que transita por una conmovedora visión de España, que explica su desesperación.

Pasemos ahora a comentar, de todos, el ensayo más personal, el ensayo “Mi trato con la poesía en el exilio” en donde España se vive como destierro y en donde Sánchez Vázquez da voz, con su propia poesía, al dolor, a la nostalgia, a la tristeza, pero también a la esperanza de los refugiados españoles que por la fuerza tuvieron que abandonar todo un proyecto histórico de civilización humana para hacer su vida en otras latitudes. Él, junto con otros muchos, junto con Juan Rejano y Pedro Garfias, por ejemplo, sus compañeros de bodega en el *Sinaia*, llegaron al puerto de Veracruz sin saber entonces que su nueva casa sería para siempre: México, a quien tanto le dieron y quien tanto les dio a ellos. Así, en este ensayo, Sánchez Vázquez habla de los sonetos que escribió a lo largo de su vida como exiliado y debate con Gaos sobre el término transterrado como poco apropiado para designar el fenómeno del exilio español. Dice allí:

Sostengo que el destierro no es un “trastierro”, en el sentido de simple trasplante o continuidad que permite rescatar o recuperar lo perdido. La tierra que acoge al español que se ha quedado a-terrado (sin tierra), sin raíz ni centro, no es su tierra, aunque con el tiempo —y tiempo no faltó— llegará a ser suya, pero lo será no por un don que le cae a su llegada sino en la medida en que echa nuevas raíces, crece con ellas y desde ellas se integra sin dejar de ser fiel por ello a sus orígenes. Lo que hará, en definitiva, que por esta doble raíz su exilio no tenga fin (p. 210).

De este exilio sin fin habla Sánchez Vázquez en este ensayo que hace un recorrido por su obra poética, en la que expresa sentimientos que nos dejan pensando y que hacemos nuestros a través de la poesía. Si, como dijo Proust, “la única manera de vivir una experiencia ajena como propia es a través de la literatura”, es a través de la obra poética de Sánchez Vázquez que podemos experimentar lo que es sentirse desterrado. Es darse cuenta de “La idea de que la muerte pone fin a la existencia del desterrado, pero no a su destierro” (p. 203), de que “para el desterrado no hay otro criterio, medida o fundamento de su propia existencia: del amor y el odio, de la memoria y el olvido, de la verdad y la mentira, que el destierro mismo” (p. 204), la idea de que “El desterrado espera y desespera. Pero, ... (que) hay que saber esperar esperanzado y no sacrificar la fidelidad a lo que da sentido, valor y razón de ser a la existencia del desterrado” (p. 207).

Termino el comentario a este ensayo indispensable para todo aquel que quiera profundizar en el Sánchez Vázquez poeta con la lectura de:

DESTERRADO MUERTO

En la huesa ya has dado con tu empeño.
¡Cuánta furia se queda sin batalla!
Enmudece la sangre; el pecho calla
y tu dolor cabalga ya sin dueño.

La tierra es tu mansión; la sepultura,
el albergue final de la jornada.
Por testamento dejas tu pisada,
la dulce huella de tu mano pura.

El destierro no para con tu muerte
que, implacable, dilata tu destino,
bajo la tierra misma prolongado.

Tú no descansas, no, con esta suerte
de muerte enajenada; con el sino
de estar bajo la tierra, desterrado.

Incursiones literarias

ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

El remate del soneto: “Estar bajo la tierra desterrado” expresa lo inexpresable. Así como Quevedo nos habla del “polvo enamorado”, Sánchez Vázquez nos sugiere que el desterrado se podrá morir; quevedianamente será ceniza, pero ceniza desterrada aun bajo la tierra. Más radicalmente desgarradora no puede ser la experiencia del exiliado, de aquel que muere pero no deja de esperar a la España posible.

Lamentablemente se quedarán en el tintero nuestros comentarios a “García Lorca en su España”, a “Los del 98 y la política”, a “Don Quijote como utopía”, a “Emilio Prados en mis recuerdos” y a muchos otros en sayos que no alcanzamos a considerar en este espacio. Ensayos interesantes, sugerentes, debatibles, etcétera, pero donde siempre está presente la mirada de mi admirado maestro Sánchez Vázquez. Gracias, doctor Sánchez Vázquez, por este libro que es, digámoslo una vez más, ejemplo de radicalidad, lucidez y fidelidad a sí mismo. ■

Texto leído en la presentación del libro *Incursiones literarias* de Adolfo Sánchez Vázquez, el 21 de abril en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.